



*Rosa Cruchaga
de Walker.*

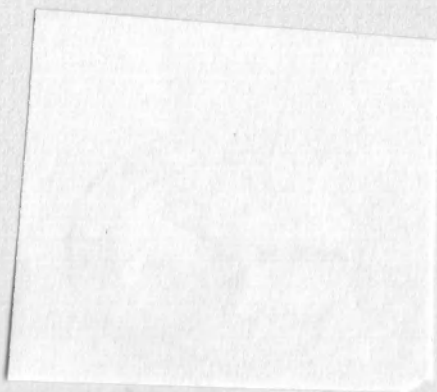
*Des-
cen-
di-
mien-
to*

poemas

**EDICIONES
ALERCE**

Descendimiento

335
—



© *Rosa Cruchaga de Walker*, 1959
Inscripción N° 21.844

*Compuesto con matrices
Linotype Bodoni 10/12
e impreso en los talleres de la
Editorial Universitaria, S. A.
en Santiago,
Ricardo Santa Cruz 747*

Proyectó la edición Mauricio Amster

A mi padre.

© Juan Guzmán de W. edit. 1932
Inscripción N.º 21.344

Compañía con licencia
Litografía Bohón 10/12
e impreso en los talleres de la
Editorial Universitaria, S. A.
en Santiago,
Rincón, Santa Cruz 147

Proyecta la edición Mónica Amador

ROSA CRUCHAGA DE WALKER

Descendimiento

Ediciones *ALERCE*

Indice

PADRE — 9

FIEL — 9

CON SILENCIO TE LLAMO. CON UN NUDO...
— 10

UVA — 11

NO DESPIERTEN — 12

OLAS — 13

RAMAS — 13

ENCUENTRO — 14

NOCHES EN LA MADRE — 14

NO SE QUE VOY A HACER — 15

HIJO (I) — 15

MIEDO — 16

LLUVIAS — 17

R. — 18

NACE — 19

HIJO (II) — 20

ORIGEN — 21

HIJO (III) — 22

CRECIENTE — 22

ELEGIA — 23

CAMINOS — 24

ESTA TRUNCA DE MI — 25

ALAMOS — 26

ELEGIA (II) — 27

MANOS — 28

PORQUE NO OIGAS MI FRIO — 29

A UN INFIERNO DE ESTRELLAS — 29

VENID CON SOL AL LABIO — 30

LOS MUERTOS REMAN... — 31

Padre

Habías de ser muerte, Padre, bajo tu aldaba,
para pagar mi cuerpo, por despejar mi llano,
para inundarme en luz, para vaciar los ojos
y descarnar las manos.

Porque me fuiste el tronco donde me estoy erguida
y ya de gusto vives tierra que me adelantas:
temblamos con tu viento. ¡La misma sacudida,
la misma sed, la misma ceniza en tu garganta!

Fiel

Requiere mi casa, como hija baldada,
la encierre del viento, le ahuyente las sombras.
Si tiendo: a mis pies como un galgo está mansa;
si salgo: me queda mirando llorosa.

Es ésta mi hija: deforme y perfecta;
que es manca, y por eso, con el cuerpo abrasa;
y entorna en dulzura porque al mal es ciega,
y acoge tan bien porque jiba es su espalda.

A raros pavores me mueve esta casa:
la tiñe mi sombra, la ciega mi alma.
Es la caja viva que flota en mi muerte.
Es el muro blanco que pierde palabras.

Me vela por muros, me entrega en umbrales,
e hincada en rincones la veo rezarse.

Con silencio te llamo.

Con un nudo . . .

Con silencio te llamo. Con un nudo,
con clavo de silencio yo te oprimo,
y te traspaso.

Hijo mío, en un viento de silencio:
raído ya te veo en todo el aire.
Brotaste en mi silencio.

Todo en ti ya lo he dicho sin los labios.
Oigo en ti todo un mundo de palabras
de Dios arrinconadas.

Hijo de mi silencio: tú sostienes
y hiendes mi pared, do ti empapada
como un vaso.

Uva

Como uva me destrozo: es la ternura
que no sé contener en mi frontera.
Uva es mi cuerpo: todo es envoltura
de la muerte que di cuando naciera.

Uva me asomo siempre en la espesura
del nacimiento: a zarpas en la hoguera
el miedo ha puesto un nudo en mi cintura,
y el llanto todo el frío que me fuera.

Toma en mi mano; piensa en esta hoja;
de raíz a raíz grito en la roja
sucesión de las uvas y semillas.

Me abro y me yergo sin saber si muero
por uva no seguirme, cuando espero
salir muriendo en uvas las mejillas.

No despierten

No le culpen en pecho sino en roca.
No le tomen el eco por latido.
No es hijo: es un deshielo en que se esponja
cima en que no cabía ya más frío.

No le hablen que la espiga tiene roja
médula que las uvas ya palpitan,
porque él viene de un mar, vértigo y boca
donde la vida emerge y cae hundida.

No le canten: se acuerda de su siega,
cuando un tallo cortó que estremecía.
Que aliente al oír pasos en sus venas,
pasos de vuelta a mar ya sin orillas.

No despierten las lluvias esa yesca
de mi carne arrasada en un diluvio.
Muera sin sed: por no beber se muera
sin el agua culpable y sin el fruto.

Olas

Una ola los dos dentro de otra
ola, los dos dentro de un mundo:
todas huyendo en sus espaldas frías.

Ramas

Rama ser siempre, rama siempre en vilo,
y ser agua, también, de llama abierta.
Rama de noche me seré despierta,
ay, por la herida que ya busca el filo.

Más que el rayo cruel bebo el tranquilo
nevar, nevar que no llagó mi puerta.
El sol me disemina por la yerta
hoja abortada y nieta de ese tilo.

Agua, rayo cruel, nieve en la rama,
soles de filo siempre en esta llama:
amar la tierra pero siempre en vilo.

¡Si toda la raíz me consumiera
adentro, más adentro, donde fuera
voraz otoño con su muerte en hilo!

Encuentro

En ti van a encontrarse como en palmo
de tierra: sin tus ojos. Siento espinas,
si estás, Padre, exhalando un horizonte.

Noches en la madre

Noches de niña; siempre en su costado,
como lluvia en la lluvia, iba y venía.
Un levántate escondo, como Lázaro
que arrebatan de madre en piedra tibia.

No alcancé a ser su sangre: sólo el pálido
néctar que la nutrió y empobrecía.
Yo era un bulbo profundo: allí llegaron
por las venas auroras encendidas.

Y había de nacer: antes descanso
me procuró en sus fosas sumergidas.
Martirio que inminente me signaba
y en profundos laureles me ceñía.

Que yo quiero esta vez madre sin labios,
duro pecho que no traspasaría.
Me gesto anciana y niña para el mármol,
alud rojizo, cicatriz de orillas.

No sé qué voy a hacer

No sé qué voy a hacer si mi estatura
ya me pesa de amor como el naranjo.
Sudario que me acuna.

No sé qué voy a ser si soy ninguna
por detenerme a amar, si te apresuras,
pañal, donde amortajo.

Hijo (I)

Mejor que de castaña no gimiera
tu corazón, abuelo de esta espina
voraz, cuando sembrara en mi cadera
el vuelco de tu sangre cristalina.

¿Quién eras tú cuando te di, quién era
el tallo tibio y tierno de esta esquina
total, donde se abrió la primavera,
donde me vuelo en la sutil harina?

Mas tú quedas, mi mano: no reposas;
vuelvo a empezar tal vez entre las rosas:
botón que baja a florecer espinas,

castaña de gemido y de cadera
volcada en ti, hijo mío. ¡Quien pudiera
morir donde ahora naces y terminas!

Miedo

Déjame de cierva, déjame escapada
sobre el monte, donde las olas del trigo
no me alcancen. Siento tu oscura llamada,
tu sed y tu abismo.

Déjame allá arriba: me será la nieve,
me estaré azuzando los vientos del valle:
y así no ha de verme la arrastrada muerte
que el cuerpo no sabe.

¡Déjame de cierva, déjame en huida:
que esta noche al menos me tome dormida!

Lluvias

La lluvia de suaves galgos
lame la sien de mi casa,
y la de abiertos geranios
se marchita en mi ventana.

Sobre una infancia de prados
la lluvia cayó de ovejas;
de cirios caerá en el lago;
para alzarse de azucena.

Llueve rojo en los tejados,
y de oro en la sementera,
de látigo en los caballos,
llueve de pie en la vereda.

Yo no sé por qué de anciana
me llueve de manos trémulas.
Será porque estoy cansada.
Será por lo que me queda.

R.

Rosa en sentencia, rosa en esta espina
lacre que corre y corre por mi vena.
Alta en trayecto: casi una azucena
demorada en la muerte que me empina.

Rosa en su sangre: miedo que no atina
más que asirse a unos pétalos; la pena
de un gozo la horadó como colmena:
desde entonces un ala la ilumina.

Charco que te abres: charco que abotonas,
expatriado coral, y me coronas
ungida reina fértil de la arena.

Los huesos clavos, clavos en la risa.
La roca tiembla y tiembla con la brisa.
Rosa en sentencia, rosa en la condena.

Nace

De nuevo desesperas en tuberías
la sangre que merece un desahogo.
De nuevo empalma en sangre aquel que en miga
los huesos fijarán con clavos rojos.

Polvo le echara el sol, porque él ceniza
será en la caja hermética del rostro.
El viento va a robarle sus semillas
y el llanto, que es lo vivo de sus ojos.

¡No le den otro nombre! Ya fatiga
su sien de martillar los nombres rotos.
Salpicadle con tierra la sonrisa:
ha brotado del último sollozo.

Denle sal a beber, no leche viva,
para que más no crezcan sus despojos.
Cuando rinda estíradle la agonía:
¡que demore en nacer con otro rostro!

Hijo (II)

Que le triunfe el coral al denso verde.
Que la albahaca no aprenda olor a pino.
y esta escarcha que llevo en mi corriente
rompa en su claridad, y no en mi frío.

Que no siga el sabor de los cuchillos
por la savia a tejer cortadas mieses.
¡Levántese mi sangre de mil muertes,
como el sol, por pulsar para un olivo!

Que el que brota de madre mutilada
no sienta que entra un viento por sus hombros.
Que al huérfano de higuera que quemaran
no le acudan cenizas a sus ojos.

De este monte de frente avergonzada:
¡sálvese luego el témpano glorioso!

Origen

De ceguera mordida y pavorosa,
más que del mar, las olas han nacido.
No del embrión: de ahoga, la paloma;
y del miedo al invierno: todo el trigo.

¿Cómo pude, no en hueco de glaciares,
aprender soledad de tanto filo?
Esta agua, si compacta fue en su madre,
no estaría hecha triza en los caminos.

No es sangre que me corre: esto es un zumo
de agobios que legaron los rendidos.
Más que miedo adherido, esto es un musgo
sobre piedra, reciente, desde siglos.

No pudo ser benigno el sol. No pudo
ser el mismo al que se abren los maizales:
si a esconderse en la tierra tira el fruto,
si la rama desgarrar por volarse...

Hijo (III)

¿Dónde mi sangre si el hijo ha nacido?
¿Dónde la lluvia si arrastran el lago?
Dar en la tierra hormigueada de ríos
panales, desgarros.

¿Dónde mis ojos, que cierran espigas,
duermen, si miran las huecas entrañas?
Donde los muros resbalan y olvidan
arenas voladas.

No sé en qué muero: ¿montañas o hielos?
Caigo en el hijo rodando. Estoy solo.
Sangre de lluvia y de tierra me encierra.
Y todo me borra.

Creciente

Tres veces dejé mis ojos
en párpados de mis hijos:
aún alzo por atisbarlos,
igual que el vaciado trigo.

Urdiendo esmeradas carnes
de fibra y brazo, he rendido.
Más vacía estoy en venas
que llenaron las del hijo.

Ya sobro en mis años: nadie
tan largo y hondo ha sentido;

por seis brazos los cansancios;
por tres espaldas los fríos.

Yo, desde niña cobarde,
que a la muerte prefería,
cuando de mí, por fin, huya,
más sola quedo en mis hijas.

¿Qué muero en el hondo sueño
si a mis tiernas seis pupilas
siguen rasgándolas bosques
y ahogándolas neblinas?

¡Ah eternidad sin descanso,
aun cuando el hijo agoniza:
muero otra vez, pero broto
en el vientre de sus hijas!

Elegía

Todo, Padre, está dicho: abre al silencio.
Cumplida está tu voz en el recado
de los lirios de labios entreabiertos.

Se esfuma todo aquí: vete a segura
noche, que sólo en playa vives, pisas
y alzas al viento: le oyes y lo enjugas.

De tu charco saldrán todos los ríos.
Filtrada en ti será el agua que bebo.
Han de sacar su sombra los olivos.

de ti, ¡y en esa ojera de cisterna
que suba a sostenerme tu pupila!

Caminos

Si quedo de los caminos
sólo aplazo la sentencia;
pero no sé contestarles
si me quiero viva o muerta.

Como a un árbol se me ató
con viento los vivos brazos,
y debo escoger camino
con el impuesto cansancio.

(Más si turbo no equivoco:
ya están escritos mis pasos).

Yo fuera lanza y no mano
en forzosa rasgadura:
por no escoger mi camino
y al dolor sumar la culpa.

De río hambriento hacia el mar,
el abrazo, de perdido;
pero el camino es sin nombre,
aquel que conoce el mío...

(Más si turbo no equivoco:
mis pasos ya están escritos).

El monte va a sima justa,
la neblina a los cipreses:

¡Quiero muerte que me calce,
como en un nacer el vientre!

Pero en blanco los caminos,
todos me llaman callados:
aunque turbe no equivoco:
ya están escritos mis pasos.

Está trunca de mí

Está trunca de mí la cordillera
del pecho que no cede suplicado.
Baja un caudal de sol por mi costado
al llano que de madre recibiera.

Falto en pino a exhalar la muerte entera
de ese bosque hasta el muslo degollado:
labios por donde el hijo se ha volado,
muerte por donde el hijo se midiera.

Falto en pan al que di, falto en sonrisa,
en aire falto, padre; y en la prisa
de ser gruta de mí salgo negada.

¡Falto en mí misma donde yo me asomo
para ver si he de estar a solas, como
si estuviera de mí siempre sobrada!

Alamos

Al padre arrastró una lluvia
igual que un pajar vaciado.
Sin luna de sombra suya
a tientas iban los álamos.

La lluvia que abre centenos
me segó el hijo envainado.
Sobre su nieve cayeron
las lágrimas de los álamos.

A mí, la que barre nieblas,
dejó tirada en el campo.
Sobre mi cara deshecha
van galopando los álamos.

Elegía (II)

Porque no sigas en brío, ni, ni repumas,
en lo alto de mí te alto en el alma,
Por adelante de muerte, mi cintura
de la vida del padre en larvas algas.

Porque no dejes un tormento,
porque no dejes el comienzo de que te muera,
Porque no dejes un alma en el tormento,
Porque no dejes un alma en el tormento.

A un infierno de estrellas

Porque no dejes un alma en el tormento,
Porque no dejes un alma en el tormento,
Porque no dejes un alma en el tormento,
Porque no dejes un alma en el tormento.

Dime que ya te incrusto, que ya encorvas
tu hombro de nada a cuestras con mi vida.
Di que en esta tiniebla no estoy sola,
que cuatro brazos son, y crucifican.

Hueca estoy porque íntegra en hondas aguas
mi hijo, y en mi tronco no se empina;
porque ya te vertí, y eres escarcha
que a la sed vuelve ahogo y precipita.

Si todo en tierra, Padre, ya no es nada;
hijo: si nada en tierra es todavía,
decir, ¿qué agua a beber hay que no basta?
¿dónde apoyar seguras las espigas?

Manos

(II) Argel

¿Que si las tocan las lluvias
se abalanzan de la sed?
Mil siglos atrás tuvieron
sólo bruma en qué beber.

¿Que a hundir tienden? ¿Que las llaman
unas voces sumergidas?
Antes del tiempo eran una,
en la nada, con las islas.

¿Que al dormir siempre murmuran
silenciados, blancos nombres?
Mis manos fueron los labios
del que ahora es sordo bronce.

Porque no oigas mi frío

Porque no oigas mi frío, tú, mi espuma,
te alzo en lo alto de mí: te alzo en el alma.
Por aislarte de muerte, mi cintura
desamarra del padre en lacias algas.

Estoy sin bajamar atormentada,
pues si entierro el cansancio en que te mezo,
si evaporo mi apego en la Esperanza:
desnudo a muerte quedas para el viento.

A un infierno de estrellas

A un infierno de estrellas han lanzado
ese mar que enterrara su talento.
Porque al siervo cobró su trigo el viento:
crujiendo dientes rueda y condenado.

Yo, en un fruto lloroso me he salvado
de maldición a higuera sin lamento;
más retumba, como un inmenso viento,
mi larga sangre en él, que está enclaustrado.

Bebe, hijo, de esa hiel. Mi honda, mi dura
cruz eres, y te calca, y te asegura
tu semilla de sangre sepultada.

Bebe, otra vez, y sal hacia la estrella
del fruto aquel de maldición, de aquella
que he sido en ti, cuando no soy en nada.

Venid con sol al labio

Venid con sol al labio de mañana,
si en mi aliento se guiñan las simientes:
ojos que penetraron mi ventana.

Si he perdido el sorteo de la muerte,
contad, contad las llagas que han volado,
y otras que volarán negras de suerte.

Los huertos reman...

Los huertos reman sus ramas.
Cañaveral en puntillas.
Todo se va de mi noche.
¿Noche cóncava de isla?

Nocturno hielo en el mundo.
No es mi aliento el que respira,
si mis hijos me dejaron
caras huecas en la espiga.

El pino —de labios secos—
dice a los trigales: llueva.
Yo no quiero erguir de monte:
¡haya cumbre en que amanezca!

Ni pagar un gozo en este
hueco, sin árbol, sin luna,
que ya iré a mi entierro eterno:
treinta años a flor de lluvia.

Esta noche ha sido inmensa
para que así la reciba.
Breve muerte me bastara
para tan fácil rodilla.

EDICIONES ALERCE
son publicadas por la
SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE
con la ayuda de
nuestra Universidad

